

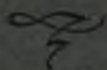
EL ALMA AMERICANA

POR

WEBSTER E. BROWNING

Graduado en la Universidad de Princeton

Tesis para incorporarse al grado de Doctor en Filosofía y Letras
en la Universidad de San Marcos de Lima



MONTEVIDEO
TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS
Barreira & C.ª, Sucesores
Calle Bartolomé Mitre número 1467

1920



*Al Señor don
Pedro Figueri,
con el homenaje del autor.*

EL ALMA AMERICANA

POR

WEBSTER E. BROWNING

Graduado en la Universidad de Princeton

Tesis para incorporarse al grado de Doctor en Filosofía y Letras
en la Universidad de San Marcos de Lima

W



MONTEVIDEO
TALLERES GRÁFICOS A. BARREIRO Y RAMOS
Barreiro & C.ª, Sucesores
Calle Bartolomé Mitre número 1467

1920

EL ALMA AMERICANA

I

PREFACIO

Con cierta emoción natural me presento ante esta culta y distinguida asamblea, para leer los renglones que van a continuación.

Se debe mi presencia en este histórico recinto a una resolución muy generosa, — aunque algo arriesgada, — de parte de la Facultad de Filosofía y Letras de este antiguo centro del saber, de honrarme con una grata misión entre sus colaboradores. En cierto modo, esto significa un saludo que llega de la joven cultura anglo-sajona del norte, a la más antigua cultura española del sur.

Digo la cultura española “más antigua”, pues no puedo dejar de reconocer que los cimientos de la noble institución que hoy nos brinda su hospitalidad, fueron echados por los representantes de los Reyes Católicos de España, mucho antes de la fecha en que la raza que yo represento se estableciera definitivamente en este hemisferio; es decir: — cuando la reina virgen de Inglaterra era todavía una tímida doncella; cincuenta y seis años antes de establecerse en las playas de Jamestown la primera colonia inglesa permanente; ochenta y cinco años anteriores a la fundación de la Universidad de Harvard, la más antigua de las universidades norteamericanas; y casi doscientos años antes que el “Colegio de Nueva Jersey”, ahora la Universidad de Princeton, *alma mater* de James Madison y Woodrow Wilson, presidentes de la nación, se estableciera por gracia de los colonos escoceses presbiteria-

nos; — en tan lejana época, digo, se organizó, en esta histórica ciudad de los virreyes, sobre la base de la famosa Universidad de Salamanca, el centro de saber de la señalada alcurnia, en cuyo seno hoy nos reunimos.

Con razón, pues, puedo decir que en mi humilde persona, hija de una de las universidades más antiguas de la república del norte, manda la cultura joven de la América anglo-sajona un saludo fraternal y cariñoso y besa respetuosamente las manos de la antigua española del sur.

Y, al presentarme aquí para hablar acerca de “El Alma Americana”, debo confesar sin rubor cuán mal preparado me siento y qué débiles son mis fuerzas para tratar dignamente el tema. En cambio de ello, he de emplear toda mi sinceridad, para hablar con la convicción ardiente de la verdad que voy a decir. Ha sonado la hora de pregonar la solidaridad americana, y, como bien lo ha dicho el excelso maestro salmantino, “Alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no he de ser yo?”

Permitidme decir ahora dos palabras que expliquen mi situación: la primera mitad de mi vida la pasé bajo los pálidos rayos de la estrella polar; la segunda mitad, la he vivido en las tierras en cuyo cielo azul luce la Cruz del Sur. Mis dos hijas nacieron bajo los mismos cielos constelados, y una de ellas, un gran pedazo de mi alma, duerme, en espera de la resurrección, en la tierra hospitalaria de un país latino... Todo esto autoriza a mi sinceridad para hablar de lo que he visto, y recorrido, y sentido en América.

Además, ha querido la suerte que recorriera en viajes de estudio muchas veces repetidos, una gran parte del continente occidental, sobre todo los países de habla española, y estos viajes me han brindado el inestimable privilegio de conocer y tratar personalmente a gran número de los hombres dirigentes de estos países, ya sean diplomáticos, literatos, estadistas, profesores universitarios, miembros del clero, u hombres de negocios. Hablo, pues, de un conocimiento personal de casos y cosas americanos en las mal expresadas palabras que siguen.

II

INTRODUCCION

En los últimos años, se ha generalizado la costumbre de promover congresos y conferencias con el propósito declarado de crear un fondo común de intereses e ideales americanos que, bajo el nombre de “Panamericanismo”, levante en el conti-

nente colombiano una nueva y poderosa fuerza de renovación. Sus organizadores han partido del principio que sostiene la existencia de dos Américas, una latina, otra anglo-sajona, cuyos ideales, por sus diferencias de origen, están en pugna abierta, siendo tan opuestos que no admiten más que un acercamiento general y vago, un convenio que facilite la marcha del progreso, un acuerdo que vincule el desarrollo armónico y unánime de la civilización.

Y es verdad que existen diferencias, y diferencias muy señaladas: diferencias de raza, de herencia, de clima, de medio ambiente, de aspiraciones, de interpretación de ideales comunes, etc. Mas, hay razones para creer que es un error llevar al extremo este pensamiento, o considerar que dichas diferencias sean irreconciliables. Si hay diversidad de herencias y de alma entre los pueblos americanos, también es verdad que comparten una gran porción espiritual, y se puede afirmar que los ideales comunes exceden en mucho las diferencias que se dejan notar, y que la tendencia del momento es formar una estrecha alianza espiritual de la cual ha de surgir la verdadera alma americana.

Dichos ideales existen, por otra parte, desde los tiempos remotos del coloniaje; ideales comunes y fuerzas colectivas, que forman el gran caudal de la herencia de ambas partes del continente, y que han de ser la base de todo futuro engrandecimiento, material o espiritual, en las veintiuna repúblicas americanas.

En otras palabras, en lugar de tratar de conseguir un acercamiento más o menos estrecho entre las naciones, por la creación de nuevos ideales y su imposición "*por la razón o la fuerza*", (doctrina añeja y contraproducente), nos conviene reconocer el inmenso valor de la herencia común que compartimos y acordar una alianza completa que desarrolle ampliamente las riquezas naturales que ya existen y que pueden acrecer.

La historia se pone a nuestro lado, confirmando tales ideas, y nos brinda razones numerosas, sacadas de fuentes abundantes, claras lecciones del idealismo común americano, que se extiende a través del tiempo y de la naturaleza por múltiples caminos, todos florecidos del mismo afán e iluminados por las mismas estrellas.

En las líneas que siguen, estudiaremos algunos de estos ideales y herencias comunes, para poder demostrar, si es posible, la esencial unidad de las Américas y la trivialidad comparativa de las cosas que las separan en el pasado y en el presente.

III

LA HERENCIA RELIGIOSA

Nadie podría negar que la religión forma parte esencial en los grandes movimientos sociales de los siglos décimoquinto y décimosexto, que produjeron el descubrimiento del nuevo mundo y su colonización por parte de España, Inglaterra y Portugal.

Prevalecían, entonces, en Europa distintas orientaciones religiosas que influían primordialmente en los diversos pueblos como factor decisivo de su progreso. De ahí, pues, que muchos hombres abandonaron los halagos de la vida fácil, para lanzarse a la aventura, buscando nuevos horizontes para establecerse y conquistar su porvenir. Es cierto que tanto en el hombre latino como en el anglo-sajón, fueron distintas las causas de la conquista de América; pero la historia dice bien claro que el impulso inicial de los viajes del descubrimiento y colonización, nació, en gran parte, de la religión, que encaiminó a sus creyentes más allá del viejo mundo.

Cuando Hernán Cortés y Francisco Pizarro partieron de las Cortes españolas en representación de los Reyes Católicos, para seguir al sol en su ruta hacia el desconocido oeste, enarbolaron no sólo la bandera hispánica de Castilla y Aragón, sino también el estandarte de la cruz, llevando ambos conquistadores los colores del Jefe Supremo de su iglesia. Anteriormente había hecho lo mismo Cristóbal Colón, cuando las jarcias de sus carabelas ostentaban una gran cruz roja sobre el fondo de lienzo; después, siguieron su ejemplo los conquistadores españoles y portugueses.

Todos ellos venían en busca de tierras para su rey y para su religión; realizaban su destino para propagar su creencia y redimían al mundo salvaje de los indios con la bandera de la fe en la diestra y la cruz cristiana en el pecho.

“Musa de las Américas: el día
en que, violando los ignotos mares,
te sorprendió la ibérica osadía,
retemblaron en todos sus altares
los dioses de tu vieja idolatría;
porque Jesús ceñido de aureolas,
—el que en su barca predicó la Idea,—

al ver zarpar las barcas españolas,
vino, como otra vez en Galilea,
caminando hasta aquí sobre las olas". (1)

Los peregrinos del norte, que llegaban, después de meses de ardua navegación, a las playas poco hospitalarias de la Nueva Inglaterra, traían, también, la religión que los confortaba en medio de los tremendos sufrimientos del viaje accidentado, que conjuraba los peligros del desembarque en la Roca de Plymouth, mostrándoles el camino en la ruda lucha contra la naturaleza agreste y los pieles rojas hostiles. Los conquistadores, hombres habituados a la guerra, impusieron su credo por la fuerza en las tribus sometidas, llevando adelante, entre el fragor de las espadas, los derechos de la cruz. Los peregrinos, en cambio, venían huyendo de la persecución religiosa, sin otras armas que el Evangelio, y con el fervoroso deseo de fundar en el Nuevo Mundo una nueva comunidad bajo la ley del amor y justicia, un gran asilo para todos los que querían ejercer el libre albedrío. Aunque las tendencias entre conquistadores y peregrinos parecen, a primera vista, totalmente opuestas, la bandera de ellas es la misma y la causa nace de las mismas fuentes. La religión es la base principal de sus cálculos, la brújula de sus ideales.

Pasando los años, aquellos hombres infundieron un espíritu de sectarismo exagerado a la religión que profesaban, imponiendo las violencias que ensombrecen los días cruentos del coloniaje. Los *autos de fe*, de la Santa Inquisición, en el sur, y la muerte en la horca de las hechiceras, en el norte, son manifestaciones del espíritu exaltado de los tiempos, más bien que productos de la verdadera religión. Mucho más acá, todavía, cuando las colonias fueron convertidas en estados libres e independientes, las nuevas constituciones, casi sin excepción, se juraron invocando al Ser Supremo para ayuda de la tremenda empresa. Entonces la pluma de Tomás Jefferson trazó aquellas memorables palabras, que tronaron como un nuevo mensaje desde la cumbre de un Sinaí:

"Nosotros, reunidos en Congreso general, *después de haber invocado al juez supremo de los hombres, en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que estas colonias unidas tienen el derecho de llamarse Estados libres e independientes*".

Y el notable estadista, Daniel Webster, declaró, "*El Cris-*

(1) José Santos Chocano, en *Evangeleida*.

tianismo es una parte esencial de la ley común de nuestra nación”.

La religión resulta así una herencia común en las naciones americanas. Así en el norte como en el sur, es ella la fuerza que impulsa el movimiento, el faro que guía la vida. Y lo más importante de esto es que se ha establecido en las Américas una sola forma de Religión: la que viene a destacar con más poder su influencia continental. El Cristianismo es la única forma de Religión que ha dominado en toda la América, desde el descubrimiento y la conquista hasta los días actuales. El continente colombiano jamás ha sentido la influencia pesada de la religión cruel de Mahoma, ni tampoco la de la mansa y enervante de Budha. Thor, el viejo dios germánico, y Aegir, el dios nórdico de la guerra, jamás han tenido adeptos en América.

Destronados los dioses inocentes de los indios primitivos, triunfa siempre el Dios Cristiano, Rey de los reyes y Señor de los señores, a quien las naciones y los pueblos americanos profesan obediencia y piden amparo. Este detalle religioso es característico del desarrollo de la civilización continental, pues con él desaparecen las creencias primitivas y nativas, — a la inversa de lo que sucede en otros continentes, — y triunfa una sola, la religión del manso y humilde galileo, el Cristo Redentor.

En ese instante,
desde Tenochtitlan hasta las sierras
del indomable Arauco, fué uno mismo
el miedo que corrió...

ya no el vibrante
Tezcatlipoca inspirará las guerras,
ni Tahuil triunfará sobre el abismo;
ya no del quiche “sierpe de plumas”
adorada será; ya no en lo alto,
Bohica, entre el vellón de las espumas,
endiosará del Tequendama el salto;
ya no en Cholula irradiarán los cultos
de víctimas sangrientas, ni el salvaje
adorará en las noches del bosque
las sombras de sus muertos insepultos;
ya no del Inca el Sol regirá el coro
de vírgenes, envueltas entre encaje
y encarceladas en Prisión de Oro:
dioses vencidos son, dioses truncados,

bajo el único Dios de los Tres Nombres,
que hace la redención de los pecados
y predica el amor entre los hombres''. (1)

Hasta en las cuestiones internas de las jóvenes nacionalidades, la religión cristiana representa un ideal común que viene del pasado como una herencia colectiva. Afortunadamente, las extravagancias sectarias tienden a desaparecer; pero la religión ilumina todavía la marcha de los pueblos como una antorcha simbólica. En los momentos en que pelagra la existencia nacional, o cuando los principios internacionales de la democracia se ponen en jaque, de uno al otro extremo del continente se apela a Dios con el fervor de los antiguos profetas.

Una prueba ilustrativa de este sentimiento continental la acaban de dar las nobles y hermosas palabras con que el presidente de los Estados Unidos terminó el llamado a sus conciudadanos, en los días aciagos en que cumplió con el deber sagrado de llevar a su pueblo a la guerra más terrible que el mundo ha conocido. En dicha ocasión terminó aquel magistrado su mensaje memorable con estas palabras:

“Al desempeño de esta obra podemos dedicar nuestras vidas, nuestras fortunas, todo lo que somos y cuanto tenemos, con la satisfacción de los que saben que ha llegado el día en que los Estados Unidos tiene el privilegio de dar su sangre y sus fuerzas por los principios que le dieron vida y ventura, y la paz que ha conservado como un tesoro. *Con la ayuda de Dios, no puede ser de otra manera*”.

IV

LA HERENCIA DEL IDEAL DE LA DEMOCRACIA

En el último cuarto del siglo décimoctavo y a principios del decimonono, cundió por todo el continente el gran movimiento hacia el republicanismo, que no dejó subsistir en América ninguna de las formas monárquicas que hasta hoy existen en gran parte de Europa.

Bajo Oliverio Cromwell, la república inglesa del siglo decimoséptimo había sembrado en el corazón de Inglaterra la semilla de la libertad, que sólo fructifica a fines del siglo dé-

(1) José Santos Chocano en *Evangeleida*.

cimoctavo, haciendo expresar a los colonos ingleses de Norte América la convicción de los derechos vulnerados y la declaración de libertad e independencia.

Antes del fin del siglo, el movimiento libertador había vuelto a cruzar el anchuroso Atlántico, y al ritmo entusiasta de la Marsellesa, destronaba a Luis y a su reina, precipitándoles al abrazo helado de “Madame la Guillotine”, para preparar el camino del “pequeño corso”. Con la caída de la casa de los Borbones, ante la marcha triunfal de los Bonaparte, se apodera del pueblo la idea de su soberanía, con todo su vigor intenso, y se propaga por doquier con alegría sin igual. La población criolla de América, sobre todo, aceptó esta doctrina con entusiasmo y prestó su cooperación y ayuda decisiva al nuevo orden de cosas. Dice Mitre:

“Cuando estalló la revolución, en 1810, se decía que sudamérica llegaría a ser inglesa o francesa; cuando la revolución triunfó, se dijo que el continente caería en el barbarismo; por la voluntad y trabajo del criollo, llegó a ser americano, republicano y civilizado”. (1)

El nuevo ideal de la libertad de los pueblos fué calurosamente defendido, en el norte, en el sur y en el centro, por una pléyade inmortal de hombres insignes. Wáshington es casi la única estrella de primera magnitud que aparece en el horizonte boreal, mientras al sur levántase una verdadera constelación de precursores de la revolución y de los libertadores de los distintos pueblos. Los más ilustres y famosos son José de San Martín, Rivadavia y Belgrano, en Argentina; General José Artigas, Rivera y Lavalleja, en el Uruguay; Gaspar Rodríguez de Francia, en el Paraguay; Bernardo O’Higgins, los Carrera y Blanco Encalada, en Chile; Hidalgo Morelos e Iturbide, en México; el cumanés Sucre, en Bolivia; Morazán, en Centro América; Dom Pedro, en Brasil, y, en Venezuela, en Colombia, en el Ecuador, en Perú, en Bolivia, en toda la parte oeste de Sud-América, Simón Bolívar, por autonomasia “el libertador”, figura singular que decide la suerte de cinco repúblicas.

El mismo ideal de la libertad y de la democracia une y vincula a Bolívar, a Sucre, a Carrera, y a Artigas, haciéndoles grandes y fuertes en la historia de América. Y tan estrechamente los vincula y los une, animándoles con la llama ardiente de la libertad, que Wáshington en el norte y ellos en el

(1) Bartolomé Mitre, « La Emancipación de Sud América ».

sur, realizan, en menos de cincuenta años, la declaración inmortal de Jefferson, constituyendo en repúblicas todas las colonias reales de Inglaterra y España. Y aún los portugueses, atrasados en el movimiento republicano, en fuerza de mantener un gobierno monárquico, transforman, durante el último cuarto de siglo, el imperio del Brasil en la gigantesca y hermosa república que hoy lleva este nombre.

La comunidad del idealismo adquiere formas inesperadas y domina ardientemente el alma americana, la que adelantándose en el tiempo y en el espacio, conquista su libertad política y labra su grandioso porvenir. George Wáshington y Simón Bolívar cumplen las tareas organizadoras del gobierno, con ideas parecidas, que los colocan uno al lado del otro en la vida histórica de sus pueblos. Y San Martín, poco antes de retirarse a la vida privada, dijo con verdadera grandeza de espíritu:

“Al fin, gracias al ejercicio de la paciencia, hemos obligado al enemigo a salir de la Capital de los Pizarro; al fin, nuestras labores están coronadas y la independencia de América está segura. El Perú está libre. Ahora puedo vislumbrar el fin de mi vida pública, y buscar cómo dejar esta pesada carga en manos expertas, retirándome en seguida a algún rincón tranquilo donde podré vivir como conviene a un hombre vivir”. (1)

Y Wáshington, en los momentos inolvidables, cuando se decía que “sólo la monarquía, con Wáshington el monarca, puede consolidar la patria recién organizada”, respondió con estas palabras memorables:

“Ningún suceso en el transcurso de esta guerra me ha afligido tanto, como el saber que tales ideas circulan en el ejército. Busco en vano en mi conducta qué es lo que ha podido alentarlos a hacerme semejante proposición, que me parece preñada de las mayores desgracias que puedan caer sobre mi país”. (2)

Bien se sabe que rechazó democráticamente una tercera elección presidencial, y se retiró al Mount Vernon para morir tranquilo, como el más humilde ciudadano del país, mereciendo ser llamado, — lo que es, — “el primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en los corazones de sus conciudadanos”.

(1) Mitre, *La Emancipación de Sud América*.

(2) Citado por Juan Zorrilla de San Martín, *Epopeya de Artigas*, Vol. I p. 8.

Todavía se recuerdan y están latentes para inspirar a los americanos actuales, ya sean del norte o del sur, aquellas últimas palabras que pronunció este gran ciudadano al retirarse del alto puesto que había ocupado durante ocho años, —palabras luminosas en la vida democrática como los versículos de un evangelio moderno. Dijo:

“No cultivéis el espíritu partidario, y haced todo lo posible para aminorarlo y suavizarlo. Usad de justicia y de buena fe hacia todas las demás naciones, sin guardar ni odio ni devociones desmesuradas. Quedaos prácticamente independientes de todos. En una palabra, sed americanos, sed verdaderos con consigo mismos”. (1)

Y, si aquí faltara, hay aún otro ejemplo de la solidaridad de miras y de la simpatía de propósitos que existía entre las dos partes del continente, en aquellos días aciagos, cuando todavía se fraguaba el ideal de la libertad y tambaleaba la existencia misma de las nuevas entidades políticas americanas. El héroe de la Banda Oriental, General José Artigas, reconociéndose vencido por el enemigo portugués, tuvo que rendirse, — como ya se habían rendido sus tenientes. Preciso era que saliese del país que había defendido tan heroicamente, y el rey de Portugal le ofreció amnistía y residencia en la capital del Brasil, — lo que no pudo aceptar Artigas. Entonces el gobierno de Washington, por medio de su Cónsul en Montevideo, le ofreció a este hombre a quien llamaran “bravo y caballeresco republicano”, “los medios de seguridad para trasladarse a los Estados Unidos, donde sería recibido bien y se le asignaría el sueldo de su clase, para vivir tranquilo, con comodidad, y con las consideraciones debidas a su rango”. Y la nota agregó, que “El gobierno tendría mucha satisfacción en recibir a huésped tan honorable en la Unión Americana”. Rechazando humildemente tan grande honor, Artigas pidió asilo al dictador Gaspar Rodríguez de Francia, y, en compañía de su negro asistente Ansina, fué a hundirse en la sombra de la cual no vuelve a salir. Murió en una pobre choza en Ibiray, y hoy, como otra prueba de la confraternidad americana, se levanta a la sombra del “árbol de Artigas” una escuela que ha construido y que mantiene una nación hermana, la República Oriental del Uruguay.

Este paralelismo de generosos ideales, que profesaron los grandes caudillos de la emancipación americana, concreta una herencia hermosa y común para los dos hemisferios, que re-

(1) Historia de los Estados Unidos.

conocen en ella la base fundamental de sus instituciones cívicas y el glorioso legado histórico de sus mayores.

La estabilidad de las naciones se consolidó firmemente en ese anhelo unánime de la libertad y la democracia, que cada día crece ante los ojos del mundo y asegura la grandeza venidera del modo más firme que hayan sustentado los siglos. Es que la sombra eterna de Washington, de San Martín, de Bolívar, de Artigas, prolonga todavía su influencia bienhechora, protegiendo los destinos continentales, como unas nuevas divinidades tutelares que vigilaran el fuego sagrado del hogar.

Así se conserva el antiguo espíritu y la caballeresca voluntad de los precursores, que parecen influir decididamente en los días aciagos de los últimos años, cuando la suerte de la democracia vacilaba en la balanza y el osado enemigo militarista no titubeaba en emplear cualquier recurso, con tal de llevar a cabo su propósito de dominación y de soberbia. Precisamente, en los días más oscuros, el idealismo libertador de los americanos se levantó aún más alto y, como inflamados de un noble impulso común, sacudieron al aire su penacho y se colocaron en guardia unos, y en orden de batalla otros, para defender la libertad de las naciones, haciendo honor a sus antecedentes históricos. Declarando la guerra, rompiendo las relaciones diplomáticas, adoptando una neutralidad cada vez más favorable a las emergencias aliadas, la América, unida como nunca, tendió un puente de barcos sobre el ancho mar, formó una columna de hombres, estableció una inagotable provisión de víveres y de pertrechos de guerra, para llegar hasta las costas de la amenazada Francia y de la vieja y nebulosa Albión, y logró pesar fuertemente en la gran balanza, convirtiendo la derrota temida en la más resonante de las victorias.

De las veintiuna repúblicas americanas, cuatro respondieron al áspero reto a la humanidad, con una espontánea declaración de guerra, ocho rompieron las relaciones diplomáticas con el enemigo germánico, y las nueve restantes adoptaron la neutralidad benévola de los intereses aliados. Ni un solo pueblo americano se puso al lado de las monarquías militaristas que querían llegar a la dominación del mundo. No podía ser de otra manera, por cierto; y en los casos determinados en que los gobiernos demasiado prudentes esperaron mayor tiempo para tomar actitudes definitivas, los pueblos reclamaron públicamente y con energía su derecho de defender la vida de las naciones pequeñas que alientan en la tierra. El corazón romántico pidió su puesto de honor en la gran lucha y fué unánime el sentimiento americano que respeta la libertad, que

disquierne la justicia, que coloca al derecho sobre la fuerza brutal.

Las palabras nobles y conmovedoras del presidente norteamericano tuvieron una inesperada resonancia entre los pueblos del continente, las que, sin fijarse en su poder material, se adhirieron entusiastas a la empresa de los Estados Unidos por la libertad del mundo.

No hay en toda la historia de la Guerra Mundial un sentimiento patriótico más noble y más alto de acendrado "americanismo", que aquella manifestación del Gobierno Uruguayo, cuando decía, en Julio de 1917, por la palabra de su Ministro de Relaciones Exteriores, — hoy presidente de la república, — doctor Baltasar Brum:

"CONSIDERANDO: Que en diversas comunicaciones el Gobierno del Uruguay ha proclamado el principio de la solidaridad americana como regulador de su política internacional, entendiendo que el agravio inferido a los derechos de un país del continente debiera ser considerado como tal por todos y provocar en ellos una reacción uniforme y común;

CONSIDERANDO: Que en la esperanza de ver realizarse un acuerdo a ese respecto entre las naciones de América, que haga posible la aplicación práctica y eficiente de dichos ideales, ha adoptado el Gobierno una actitud de expectativa en cuanto a su nación, aunque significando en cada caso su simpatía a los países continentales que se han visto obligados a abandonar la neutralidad;

CONSIDERANDO: Que entre tanto no se produzca ese acuerdo, el Uruguay, sin contrariar sus sentimientos y sus convicciones, no podría tratar como beligerantes a los países americanos que por la defensa de sus derechos se hallasen comprometidos en una guerra internacional;

SE RESUELVE: Declarar que ningún país americano que en defensa de sus derechos se hallase en estado de guerra con naciones de otros continentes será tratado como beligerante". (1)

Más, aún. Cuando los cañones hubieron ya callado en Flandes y en frente de Verdún, reuniéronse en Versailles, en la histórica mansión de los reyes franceses, los representantes de las naciones aliadas y asociadas para ajustar la paz victoriosa y constituir, por iniciativa de Norte América, una liga de naciones que haga imposible en el futuro el atropello de los débiles, y que inaugure aquella edad de oro en que los hombres habrán de "volver sus espadas en rejas de arado, y sus

(1) Documentos del Gobierno Uruguayo, 1917.

lanzas en hoces, no alzando más las armas ni ensayándose más para la guerra". Dicha liga de naciones, el más grande y prometedor esfuerzo que jamás se haya hecho para lograr la confraternidad entre los hombres, es de origen americano y viene armada de todo el idealismo, de toda la generosidad, de todas las virtudes de las razas colombianas. Ya, en 1907, la había propuesto Batlle y Ordóñez, uruguayo, en el "Segundo Congreso de la Haya", y sus fórmulas, planeadas por este representante de una de las naciones latino-americanas se consideraron una quimera de imposible realización. Hoy, el destino del mundo y la voluntad de los hombres han venido a consagrar en Versailles la soñada "Liga de las Naciones", propuesta, ahora, por un presidente norteamericano, pero formulada años antes, en su esencia, por un americano del sur.

Así es como se realizan en el curso del tiempo los grandes ideales americanos de la libertad, y la herencia común se avalora con el mantenimiento caballeresco de las virtudes históricas del continente. Pasarán los hombres que hoy forman en la vanguardia de los defensores de la libertad, las viejas naciones de Europa no podrán soportar el peso de las obligaciones que resultarán de la "Liga de las Naciones", y los pueblos jóvenes del Nuevo Mundo tendrán que cargar con las responsabilidades del moderno orden de cosas, — del mismo modo que propusieron las fórmulas que hoy se ven traducidas en estatutos internacionales. América se ve convertida en guardián de la libertad del mundo, y no puede renegar de su alto destino.

V

LA HERENCIA INTELECTUAL

El fondo de la literatura americana es un tesoro común que la Providencia viene repartiendo generosamente entre las varias naciones. La producción intelectual de América es más vasta y más luminosa de lo que parece a primera vista. Podemos afirmar lo dicho, — a pesar de la palabra de un hombre tan eminente como Bartolomé Mitre, que negó la existencia de una literatura Hispano-americana, y a pesar de las críticas de Marcelino Menéndez Pelayo, que encuentra buenos únicamente a los autores clásicos españoles. La producción literaria americana supera los esfuerzos de muchos otros pueblos más antiguos y de gran fama, y tiene entre las literaturas universales el prestigio triple de su abundancia, de su valor intrínseco, y de su espíritu renovador.

Tal como lo exigen las leyes de la naturaleza y de la filo-



sofía, en la formación del tesoro intelectual americano, cada país determina con su raza, con su clima, con su geografía, con su acervo espiritual, y con sus costumbres locales la mentalidad personal de sus escritores.

Aún se puede decir que hay en América regiones de literatura propia y bien definida. La literatura de México es muy distinta de la de Colombia, y ésta de la que distingue a los países del Río de la Plata. Hay un temperamento propio en García Godoy, el dominicano, en Armando Donoso, chileno, y también otro en Julio Zaldumbide, el escritor ecuatoriano. Así, los escritores, Vargas Vila, de Colombia; Blanco Fombona, de Venezuela; Acevedo Díaz, de la República Oriental del Uruguay; y Enrique Gómez Carrillo, de Guatemala, se distinguen del conjunto por sus particulares condiciones literarias, al par que los poetas “Almafuerte” (Pedro B. Palacios), argentino, e Hidalgo, peruano, — el primero por sus anatemas, el segundo por su iracundia.

En el norte sucede lo mismo, y se notan claramente las diferencias espirituales. Paul Laurence Dunbar, es el poeta negro que canta en su dialecto especial las penas y peripecias de su raza; Henry Wadsworth Longfellow, representa la cultura de la vieja civilización del Este, de la fría Nueva Inglaterra, al par que Joaquín Miller, “el poeta de las sierras”, es un producto del Oeste, y canta la vida libre de sus pobladores. Eugene Field y James Whitcomb Riley, son los poetas de la niñez, cuyos versos animan el cariño íntimo del hogar. Mary Wilkins Freeman, enaltece la vida sencilla y a veces penosa de las clases humildes de la Nueva Inglaterra, mientras Bret Harte y Will Carleton alaban el vivir atrayente de los mineros y leñadores del lejano Oeste. “Mark Twain” (Samuel Langhorne Clemens) ha inmortalizado las hazañas de los obreros que trabajan en los vapores del río Mississippi; James Fenimore Cooper, es el historiador novelesco del indio, y William Dean Howells el novelista de la escuela moderna.

Sin embargo de lo dicho, en las producciones literarias de todos estos autores, tanto del sur como del norte, hay una vena netamente americana, algo que les distingue de aquellos que representan la cultura del antiguo mundo. Del mismo modo, escrita en español, inglés o portugués, la literatura del continente alienta un espíritu común a todas sus páginas que le hace acreedora al nombre característico de la “literatura americana”. Ella se inspira en las mismas fuentes y su psicología es, sobre todo, *americana*, producto de las razas formadas al impulso de la vida bulliciosa y emprendedora del Nuevo Mundo.

De estas diversas regiones vienen la superabundancia de caracteres, la diversidad de matices, la multiplicidad de voces que se levantan de uno al otro extremo del continente, y que, sin embargo, tienen afinidades sonoras en el pensamiento, como si fuesen todas de la misma patria.

Mas, hay un detalle significativo que caracteriza la herencia intelectual americana: los estados o los países más extensos de territorio, no producen, necesariamente, los escritores de más vuelo. Rubén Darío, nicaragüense, Juan Montalvo, ambateño, y José Enrique Rodó, uruguayo, son todos representantes de países pequeños en cuanto a su extensión territorial, más grandes y triunfales por el sólo hecho de haber dado al mundo varones tan preclaros, que son como altas cumbres del pensamiento. Lo mismo ocurre en los Estados Unidos, donde algunos de los escritores de más renombre fueron hijos de una u otra aldea desconocida y que más tarde recibieran la fama de la posteridad. En cuanto a su origen, en el norte, como en el sur, la literatura americana vive al principio alimentada por la madre patria, luego se independiza, y al fin consigue tomar un carácter propio que a estas alturas, — como lo dijo Rodó, — llega a realizar el milagro de conquistar a Europa, invirtiendo la ruta de los conquistadores.

Los primeros escritores de las colonias inglesas contaban con el ejemplo y la palabra de los autores del Reino Unido, cuando en 1607 los ingleses establecían su asiento permanente en Jamestown. Shakespeare estaba entonces en el zenit de su poder productivo y de su gloria intelectual; Spencer hacía apenas siete años que había muerto y la influencia de su "Faerie Queen" vibraba aún con toda intensidad en la literatura inglesa; Raleigh, prisionero en la torre de Londres, componía su magna obra, la "Historia del Mundo", y Bacon había dado comienzo a su trabajo maravilloso, el "Novum Organum".

Con tales maestros, la literatura colonial de Norte América nace confundida con la literatura de Inglaterra. Sin embargo, el empuje de los hombres nuevos se esfuerza contra la cátedra y bien pronto comienza la hija a afirmar su carácter propio, independizándose de la madre con la seguridad de sus fuerzas vigorosas.

Como todo pueblo nuevo, las colonias producen su literatura a la inversa de los pueblos de larga historia. Empezando por la oratoria, que siembra las ideas, continúan con la ciencia, que estudia la vida, y terminan con la poesía que embellece el mundo.

Los primeros autores coloniales de habla portuguesa o española, no tienen, como sus contemporáneos del norte, una literatura materna desarrollada como fuente de inspiración. Miguel de Cervantes Saavedra, no había escrito aún su obra inmortal que cuenta las peripecias del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, pues nació unos quince años después de la muerte de Atahualpa, cuando el imperio de los Incas ya había sido repartido entre los conquistadores. Ocupados en la guerra con los árabes, que termina con la expulsión morisca de Granada en el mismo año que Colón, al servicio de los Reyes Católicos, descubrió América, los antecesores españoles no pudieron dedicar a las bellas letras el tiempo y el espíritu necesarios. El Cid Campeador, Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, Alfonso X. el Sabio, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique, y unos cuantos más de su época, no son más que las alondras que anuncian el día, luceros del alba que dan la promesa del sol. Luis Vaz de Camões, el insigne poeta lusitano, quien conservó la lengua portuguesa con la publicación de "Os Lusíadas" y demás obras, no había nacido cuando su compatriota, Fernão de Magalhaes pasó por los estrechos que hoy llevan su nombre, y la hermosa literatura portuguesa daba poca esperanza de llegar al alto grado de perfección que alcanzó siglos después, no sólo en la península lusitana sino también en lo que es hoy la república del Brasil.

De consiguiente, la literatura colonial del sur tiene un carácter local, una luz propia, en cierto sentido, que no le llega del extranjero, sino que surge de sí misma para cumplir naturales exigencias del espíritu. Lo que excede en el norte, — la intelectualidad del viejo mundo preponderando en sus cultores de América, — falta en el sur, que tiene, entonces, que poner más de sí para cultivar sin maestros los primeros vuelos por el azul del pensamiento.

Y ambas literaturas, la latina y la anglo-sajona, pronto se complementan, asemejándose inesperadamente al influjo de las mismas fuentes de inspiración. La fiera naturaleza que los colonos van dominando con voluntad de hierro; la lucha ruda y sin igual que sostienen con los salvajes para despojarlos de sus tierras legendarias y establecer en ellas las ciudades nuevas de la raza blanca; la grandeza ecuatorial de los ríos, las selvas y las montañas; el fondo brumoso y movedido de las leyendas; — todo aquel ambiente maravilloso encanta a las almas predestinadas y va construyendo, a la par que la civilización americana, la herencia intelectual, fuerte y bella, que se yergue ahora frente a las viejas cátedras del mundo

antiguo. El indio primitivo, sobre todo, ocupa un lugar preferente en la literatura de América. Dice Rubén Darío, — el ruiseñor inspirado, que inició un intenso movimiento con la publicación de su “Azul” y “Prosas Profanas”:

“Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas, en Palenka, y Utatlán, en el indio legendario y en el Inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”. (1)

La “Pocahontas” de Eggleston está igualada por “La Araucana” de Ercilla, “Quisqueyana”, de José Joaquín Pérez, de Santo Domingo, las “Canciones de Arauco”, por Samuel Lillo, chileno, “Tabaré”, de Juan Zorilla de San Martín, uruguayo, y “La Virgen del Sol”, de Juan León Mera, ecuatoriano,—algunas de estas obras comparables con “Hiawatha”, la obra maestra de Henry Wadsworth Longfellow. Los cuentos de J. Fenimore Cooper, que tratan en estilo novelesco al indio primitivo norteamericano, y que se reúnen en la serie de “Leather-stocking Tales”, no tienen, quizá, equivalente en la América Latina, a no ser en las obras del ya mencionado Juan León Mera, del Ecuador, sobre todo en “Cumandá, o un drama entre salvajes”.

Las dos civilizaciones se entrelazan y los mismos motivos surgen aquí y allá, como inspiradores de nuestros poetas. Se vinculan en la expresión de su intelecto, lo mismo que antes se vinculaban en la fe religiosa y en el anhelo de la libertad. Mucho de lo que falta en los escritores norteamericanos, existe en los del sur, y viceversa. Los del norte tienen el método, el razonamiento, la frialdad, la lógica, el sentido grave y hondo de la vida; los del sur poseen brillantez, vehemencia, lirismo, apasionamiento, siendo los porta-estandartes en el Nuevo Mundo de los ideales clásicos de hermosura y forma literaria. Los del norte superan, tal vez, en el fondo; los del sur, quizá, en la expresión. Pero las almas se reconocen hermanas y se buscan y se equilibran, al amparo del mismo ideal de belleza, realizando la obra más completa y más múltiple que registra la historia literaria.

Señalando algunos de los escritores más conocidos de las dos partes de América, comprobamos la verdad de lo dicho y demostramos la admirable superioridad intelectual del continente colombiano, sobre muchas de las viejas poblaciones. Entre la multitud de escritores prosistas, descuellan dos “ensa-

(1) Ruben Darío, « Prosas Profanas », Edición de París, 1915, p. 49.

yistas" de preclaros méritos indiscutibles, — Ralph Waldo Emerson, del norte, y José Enrique Rodó, en el sur. La crítica reconoce a Rodó cierta influencia de Emerson; pero, si es así, el discípulo, en la estimación de muchos, ha igualado al maestro, si no en la profundidad del pensamiento, en la belleza de la expresión. Rodó emite en "Ariel" sentimientos de salvable idealidad, cuyo alto valor moral habría honrado al viejo "Sabio de Concord", — como se le llamaba a Emerson, el jefe de la escuela filosófica transcendentalista, — y el "Mirador de Próspero", tanto como "Motivos de Proteo", son mensajes de valor incalculable para la humanidad nueva, escritos en una forma de belleza soberana, rara vez superada en España o América y surgidos de un alma armónica, que tiene el corazón elocuente y el pensamiento luminoso.

Hombre de un espíritu abierto a todas las tolerancias del juicio, Rodó predica a la juventud el idealismo de la vida. Combate a Calibán, ese eslabón perdido entre el hombre y los cuadrumanos, encarnación del espíritu mezquino y repulsivo, y enaltece a Ariel, genio del aire y del bien, llama perpetua de luz encendida en la frente de los jóvenes y en el palpar de los astros.

¡Cuán bellamente expresa su convicción en el poder supremo que nos vigila, — aunque nos olvidamos de Él, como la multitud indiferente, — en el último párrafo de "Ariel"! Dice así:

"Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y obscura, como tierra del surco, algo descende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador". (1)

En cuanto a la poesía de América, es tan abundante que su mera anotación necesitaría una biblioteca. Su brillantez adquiere esplendores extraordinarios y podría comparársele con una inmensa floresta lírica, en tierra tropical y ardiente, junto a un mar azul y bajo un elemento cielo estrellado.

Los poetas del norte cantan las glorias de la naturaleza fe-raz, los encantos del hogar sereno y bien poblado en medio de los rigores de un clima poco benévolo, — como en "Snow Bound", de John Greenleaf Whittier. ¡Cuán hermosamente pinta este poeta la vida íntima del hogar, en una noche de crudo invierno, cuando la tempestad ruge afuera!

(1) José Enrique Rodó, *Ariel*.

“Shut in from all the world without,
We sat the clean-winged hearth about,
Content to let the North wind roar
In baffled rage at pane and door,
While the red logs before us beat
The frost line back with tropic heat;
And ever, when a louder blast
Shook beam and rafter as it passed,
The merrier up its roaring draught
The great throat of the chimney laughed;
The house dog on his paws outspread
Laid to the fire his drowsy head,
The cat’s dark silhouette on the wall
A couchant tiger seemed to fall;
And, for the Winter fire-side meet,
Between the andirons’ straddling feet,
The mug of cider simmered slow,
The apples sputtered in a row,
And, close at hand, the basket stood
With nuts from brown October’s wood.
What matter how the night behaved?
What matter how the north-wind raved?
Blow high, blow low, not all its snow
Could quench our hearth-fire’s ruddy glow”. (1)

Y, cuando reconoce que los miembros de su familia que rodearon con él el altar familiar en aquella noche memorable han pasado ya a la otra vida y jamás volverán a ocupar sus puestos en este mundo, ¡Qué confortante la fe cristiana con que se expresa!

“Yet love will dream and faith will trust,
(Since He who knows our need is just)
That somehow, somewhere, meet we must.
Alas for him who never sees
The stars shine through his cypress trees!
Who, hopeless, lays his dead away,
Nor looks to see the breaking day
Across the mournful marbles play!
Who hath not learned in hours of faith,
The truth to sense and flesh unknown,

(1) John Greenleaf Whittier, *Poems*.

That Life is ever Lord of Death
And Love can never lose its own!" (1)

Cantan, también, los poetas de Norte América del mérito de una existencia y una labor altamente moral como la única preparación para la prueba final y abrumadora,—como en "Thanatopsis", de William Cullen Bryant. Dice el autor de este noble poema, en las líneas que lo finalizan:

"So live that when thy summons comes to join
The innumerable caravan, which moves
To that mysterious realm, where each shall take
His chamber in the silent hall of death,
Thou go not, like the quarry-slave at night,
Scourged to his dungeon, but, sustained and soothed
By an unfaltering trust, approach thy grave
Like one who wraps the drapery of his couch
About him and lies down to pleasant dreams". (2)

En el norte faltan los escritores eróticos, pues la vida que aún tiene mucho del ejemplo dado por los peregrinos de Plymouth, no se presta a dicho motivo de inspiración. Se enaltece el amor, pero es el amor del hogar, santo y altamente moral; y el amor y devoción a la patria, — sobre todo en los últimos años, — se presentan como cosas sagradas.

En el sur, los poetas tienen más facilidad para expresarse, son más subjetivos, más cálidos, y los poemas florecen como rosales, llenos de color, de vida, de aromas que perfuman el ambiente. Se recuerda con más frecuencia el pasado y se exalta con más entusiasmo el amor. Son, por lo común, más musicales los poetas del sur, mientras los del norte son más profundos, aunque más escasos.

Henry Wadsworth Longfellow, John Greenleaf Whittier, William Cullen Bryant, Edgar Allan Poe, James Russell Lowell, Sidney Lanier, Oliver Wendell Holmes, Fitz Greene Halleck, y Walt Whitman forman una pléyade de poetas del siglo pasado, universalmente conocidos. Mientras en el sur la poesía crece de día en día, y encuentra en todas partes felices intérpretes, en el norte, — muy a pesar de los espíritus cultos, — decae visiblemente. Hoy no canta en Estados Unidos ningún poeta digno de ser comparado con los ya nombrados.

(1) John Greenleaf Whittier, *Poems*.

(2) William Cullen Bryant, *Poems*.

Quizá el excesivo desarrollo de las riquezas naturales, la vida apresurada que se lleva en medio de un tumulto precipitado, el afán industrial que se hace notar hasta en las aldeas más apartadas y más pequeñas, hayan ahuyentado a las musas que aman el silencio de la soledad como medio de comunicarse con los hombres. Aquéllo, sin embargo, es sólo un ejemplo de la lucha que se ha entablado en todo el mundo entre lo material y lo espiritual, y los espíritus cultos no pueden menos que lamentar la decadencia de la poesía, como verdadera expresión del alma de un pueblo.

En el tierno e inspirado “*Evangelina*” canta Longfellow las desgracias de un pueblo desterrado, y la soledad de los campos arrasados, en una época en que la nación no había emprendido la vida tan activa y bulliciosa que lleva hoy. ¡Cuán expresivos de la calma de la naturaleza son estos versos con que principia este noble poema:

“This is the forest primeval. The murmuring pines and the
[hemlocks,
Bearded with moss, and in garments green, indistinct in the
[twilight,
Stand like druids of eld, with voices sad and prophetic,
Stand like harpers hoar, with beards that rest on their bosoms.
Loud from its rocky caverns, the deep-voiced neighboring ocean
Speaks, and in accents disconsolate answers the wail of the
[forest.

This is the forest primeval; but where are the hearts that
[beneath it
Leaped like the roe, when he hears in the woodland the voice
[of the huntsman?
Where is the thatched roof, the home of Acadian farmers,—
Men whose lives glided by like rivers that water the woodlands,
Darkened by shadows of Earth, but reflecting an image of Hea-
[ven?
Waste are those pleasant farms, and the farmers forever de-
[parted.
Scattered like dust and leaves, when the mighty blasts of Oc-
[tober
Seize them, and whirl them aloft, and sprinkle then far o’er
[the ocean.
Naught but tradition remains of the beautiful village of Gran-
[Pre”. (1)

(1) Henry Wadsworth Longfellow, *Evangeline*.

Y Edgar Allan Poe, aquel portentoso genio algo desorbitado, componía en la soledad las mejores poesías que se debían a su pluma, con el acento plañidero de un Heine o de un Musset, aunque él mismo amaba la vida bulliciosa de la taberna y frecuentaba poco los sitios solitarios.

Bien dijo en las estrofas impresionantes de “El Cuervo”:

“Once upon a midnight dreary,
While I pondered, weak and weary,
Over many a quaint and curious
Volume of forgotten lore, —
While I nodded, nearly napping,
Suddenly there came a tapping,
As of some one gently rapping,
Rapping at my chamber door.
'Tis some visitor, I muttered,
Rapping at my chamber door.
Only this and nothing more.” (1)

Aún en su poesía más musical, “Annabel Lee”, pinta una escena junto al mar, mejor que la vida apresurada de la ciudad, que desesperado corrió:

“It was many and many a year ago,
In a kingdom by the sea,
That a maiden there lived whom you may know,
By the name of Annabel Lee;
And this maiden she lived with no other thought
Than to love and be loved by me.

I was a child and she was a child,
In this kingdom by the sea,
But we loved with a love that was more than love,
I and my Annabel Lee;
With a love that the wingéd seraphs of Heaven
Coveted her and me.” (2)

(1) Edgar Allan Poe, *The Raven*.

(2) Edgar Allan Poe, *Annabel Lee*.

Norte América ha limitado su caudal poético, quizá, en gracia del mayor florecimiento que surge en los países latinos del centro y del sur, pues no hay nación latino-americana que no tenga sus poetas, — y en su conjunto son estos muchos; entre los cuales, citamos a:

Sor Inés de la Cruz, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Antonio Tablada y Amado Nervo, que han cantado en México; Rubén Darío, en Nicaragua, mas para toda la América Latina; Carlos Roxlo, Juan Zorrilla de San Martín, Elías Regules, Julio Herrera y Reissig, Juan Carlos Gómez y Francisco Acuña de Figueroa, en el Uruguay; Olegario Víctor Andrade, “Almafuerte” (Pedro B. Palacios), Carlos Guido y Spano, Diego Fernández Espiro, Alberto Ghiraldo, Estanislao del Campo, Rafael Obligado, M. Hernández y Leopoldo Lugones, en Argentina; José Santos Chocano, José Galvez y Alberto Ureta, en el Perú; Gonçalves Díaz, Fagundas Varella, Alberto de Oliveira y Olavo Bilac, en el Brasil; Julián del Casal, José María Heredia y José Martí, en Cuba; Julio Calcaño, José Antonio Pérez Bonalde, Rufino Blanco Fombona, Andrés Bello y Gonzalo Picón Fébres, en Venezuela; José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Rafael Pombo, José Asunción Silva, — el iniciador del movimiento modernista en la poesía lírica de América, — y Guillermo Valencia, en Colombia; Ricardo Jaimes Freire, en Bolivia; Pedro Henriquez Ureña, en Santo Domingo; Luis Llorens Torres y José de Diego, en Porto Rico; Diego Dublé Urrutia, Eduardo de la Barra, Víctor Domingo Silva y Samuel Lillo, en Chile; Eloy Fariña Núñez, Alejandro Ganes y Juan E. O’Leary, en el Paraguay; José de Batres Montufar, Juan Aycenena y Julio de Rival, en Guatemala; José Joaquín Olmedo, César Borja, Numa Pompilio Llona y Gallegos del Campo, en Ecuador;—estos son algunos de los poetas latino-americanos que más renombre se han conquistado, y que han levantado muy en alto el renombre de las musas que les han inspirado con la música de sus cantos y el ardor de sus almas.

En historia, el norte tiene mucho más éxito que en la poesía. Los Estados Unidos nombran con orgullo especial a Herbert Howe Bancroft, W. H. Prescott, Washington Irving, John Lothrop Motley, John Fiske, William Sloane, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson, — los dos últimos presidentes de la república, — entre muchos otros que se han distinguido.

El sur tiene a Pedro Fermín Cevallos y al arzobispo Federico González Suárez, en el Ecuador; Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Toribio Medina, en Chile; Juan

Bautista Alberdi y Bartolomé Mitre, en Argentina; José María Roa Bárcena y Joaquín García Icazbalceta, en México; Antonio Díaz, Eduardo Acevedo, Francisco Bauzá y Luis Alberto de Herrera, en el Uruguay; Manuel González Prada, Francisco García Calderón, Ricardo Palma, — único en América como tradicionista, — y José de la Riva Agüero, en el Perú; José Manuel Restrepo, en Colombia; Rafael María Baralt, Oviedo Ibáñez, José Gil Fortoul y Laureano Vallenilla Lanz, en Venezuela; Manuel Domínguez, Juan E. O'Leary y Cecilio Báez, en el Paraguay; Lorenzo Montufar y Ramón Salazar, en Guatemala, — y otros, cada uno en su país, se han dado a la tarea a veces ingrata de disipar las brumas del período del coloniaje y la independencia y a explicar los movimientos políticos y sociales de la época moderna.

Hace falta un historiador de conocimientos profundos y de pluma fácil, ya sea del norte o del sur, que escriba la "Historia de América", entrelazando los acontecimientos de ambas partes del continente, desde los tiempos más remotos hasta el presente, con un espíritu completamente imparcial y con la calma del verdadero historiador desinteresado que busca sólo la verdad de los acontecimientos, sin prejuicio alguno. El que lleve a cabo tan importante obra habrá contribuido poderosamente a la cultura continental, y dejará su nombre honradamente escrito en las páginas de la historia.

Entre los escritores filosóficos de las dos partes del continente, se nota una diferencia profunda de concepto, sin embargo, de lo cual, ambos se complementan. Los del norte tienen a la consideración de los problemas del libre albedrío; debido, quizá, a la completa libertad del pensamiento y a la amalgama de las razas procedentes, por lo general, de los países fríos del norte de Europa. Como resultado de esta natural libertad de expresión y de la formación de la raza, existen representantes de todas las escuelas filosóficas conocidas: —materialistas, como Draper, quien, se puede decir, proyecta las ideas de Tyndall; Fiske, el exponente en el Nuevo Mundo de la filosofía de Spencer, mas cuyo sistema ha sido tenazmente combatido por Emerson y sus colegas de la escuela de los trascendentalistas; Bowne, cuyas ideas se asemejan en algo a las de Bergson y su escuela idealista; metafísicos, como McCosh, Porter y Bascom; maestros en la filosofía política, como Jefferson, Lincoln, Wilson y Hamilton; sociólogos, como Ross, de la Universidad de Wisconsin; psicólogos, como J. Mark Baldwin, cuyas obras, particularmente aquéllas que tratan de la psicología de la niñez, han sido traducidas a casi

todas las lenguas modernas; y otros, muchos de ellos profesores universitarios, tan distinguidos como Josiah Royce y William James, especialmente este último, psicólogo tan sutil como famoso, fundador de la escuela del pragmatismo, y que ha logrado una envidiable influencia sobre las modernas corrientes del pensamiento en todos los países de América. Generalmente se emplea el método científico en todo estudio o especulación filosófica, y las teorías que desdeñan o ignoran lo que han revelado la fisiología y la historia natural, encuentran muy escaso favor entre los pensadores.

El sur de América no ha formado ninguna escuela filosófica propia, mas cuenta con comentadores y ensayistas notables, — tales como Rodó y Vaz Ferreira, en el Uruguay; sociólogos y pedagogos, como Ingenieros, en la Argentina; González Prada, Alejandro Deustua y García Calderón, en el Perú; Juan Montalvo, en el Ecuador; y otros diseminados por los varios países, tales como De la Luz y Caballero, Benjamín y Constant, Ramos Mejía, Enrique José Varona, Julio Hostos, Antonio Caso, Javier Prado y Ugarteche, Manuel Domínguez, Carlos Octavio Bunge y Juan Bautista Alberdi. Estos escritores, por lo general, evidencian la influencia de Guzmán, Spencer, Augusto Comte, Fouillée, y, últimamente, Henri Bergson y Boutroux, aunque es verdad que durante mucho tiempo prevaleció la escolástica, reflejada por Tomás de Aquino, Scoto, Anselmo, Jaime Balmes, y otras de aquella escuela vieja y ahora desacreditada. Mas hay un buen número de escritores latino-americanos que, rompiendo con la tradición, desdeñan las teorías preconizadas unas por el positivismo de Comte, otras por el aristocratismo intelectual de Renán, o por la metafísica de Taine, la sociológica de Guyau, o el individualismo germánico de Max. Stirner, Hegel y Nietzsche. Tales escritores buscan la solución de los problemas que nos presenta la psicología humana y, en combinación con sus colaboradores del norte, habrán de producir, en el futuro, una escuela filosófica típicamente americana, basada en los fenómenos del propio ambiente y en la mentalidad de las razas amalgamadas continentales.

Desde ya, son varios los pensadores del norte y del sur que se han distinguido como instructores de la juventud, de cuya educación depende, en gran parte, la suerte de las naciones. En el norte brillan con lustre especial Horace Mann, quien influenció grandemente a Domingo Faustino Sarmiento, autor de "Facundo" y presidente de la confederación Argentina; Woodrow Wilson, profesor y presidente de la universidad

de Princeton, cuyos ideales democráticos, rechazados por algunos de sus colegas de aquel entonces, luego adoptados por la fuerza de opinión pública, llamaron la atención y abrieron las puertas de la "Casa Blanca" en el período más difícil de la historia humana, cuando peligraba la suerte de las democracias del mundo; Mark Hopkins, presidente de Williams College, una de las instituciones más antiguas en los Estados Unidos, de quien fué dicho que lo único necesario para formar una verdadera universidad era el sentarle a este maestro al lado de un estudiante sobre el tronco de un árbol caído,— tan atrayente era su personalidad y tan profunda su sabiduría; William Harper, de la Universidad de Chicago, famoso como profesor, sobre todo en lo relacionado con las lenguas clásicas; y, entre los más distinguidos de hoy, John Dewey y Paul Monroe, ambos del "Teachers College" de la Universidad de Columbia.

En los países latinos se recuerda con veneración especial a don Andrés Bello, venezolano y compañero del Gran Bolívar, poeta insigne, legislador, gramático cultísimo y escritor fecundo; José Pedro Varela, pedagogo reformador de la escuela uruguaya de instrucción primaria; Domingo Faustino Sarmiento, argentino; Justo Sierra, en México; los Amunateguy y el fraile Camilo Henríquez, en Chile, revolucionario este último, editor de "La Aurora" y decidido propagandista del sistema lancasteriano introducido en sud américa cien años ha por el apóstol de la instrucción mutua, Diego Thomson, escocés; Alejandro Andrade Coello, en el Ecuador; Ricardo Carasquilla, crítico distinguido de Colombia; y Eugenio Hostos, portorriqueño, quien actuó en Santo Domingo, y en Chile propuso que se abrieran las puertas de la Universidad a las mujeres e ideó el ferrocarril trasandino.

La mentalidad del norte ha sido más fecunda en los estudios científicos, relacionados con los inventos. Desde Roberto Fulton, el constructor del primer barco a vapor, hasta los hermanos Wright, quienes, con Santos Dumont, comparten el honor de haber sido los primeros hombres pájaros, y Thomas Edison, el brujo de la electricidad, han abundado los hombres inventivos, quienes han hecho estudios profundos que han dado como resultados los más grandes descubrimientos físicos y químicos que conoce el mundo.

En la música, no hay en toda la América compositor ni intérprete alguno, si no se exceptúa a Gómez, brasileño, quien pueda igualarse a los grandes maestros europeos. No hay un Paderewski, ni un Kubelik, ni un cantor de la talla de Caruso.

Con lo brevemente expuesto, se puede ver cuán poderosa y amplia es la herencia intelectual de América, engrandecida en todos los aspectos del saber humano y con un fondo común que ha enriquecido al mundo. Todo tiende a complementarse, desde el fondo algo obscuro del lejano pasado, hasta la claridad meridiana del presente, y la reflexión activa de los escritores del norte se da la mano con el idealismo latino de la gente del sur. El conjunto de la literatura americana ha sido superado por pocos pueblos del orbe, en su iniciación; los años futuros han de darnos grandes sorpresas, valiosos tesoros de la mente de los escritores de ambas partes del continente.

VI

LA HERENCIA MATERIAL

Las tierras maravillosas de América, que se extienden desde el Artico hasta el Antártico, poseen todos los climas y, por lo tanto, con más en su favor que otras, son dueñas de todos los dones de la naturaleza.

Los Andes gigantescos, el Amazonas y el Mississippi enormes, las selvas vírgenes del Brazil, las mesetas Mexicanas, la pampa del sur, los llanos del norte, las montañas rocallosas, el Niágara y el Iguazú, guardan tesoros de toda especie y son fuentes mágicas de progreso, que apenas podemos sospechar, brindándonos una flora maravillosa y una fauna múltiple que elevan la vida de todas las naciones.

La farmacopea universal se ha enriquecido con múltiples productos indígenas de América; las ciencias positivas han encontrado cien cauces para su propósito; la agricultura antigua reverdece en los campos feraces, y la física enfrena el torrente de las aguas y las utiliza en el avance de la vida moderna y febril.

Ciudades modernas y numerosas se agitan al margen de los grandes ríos y a lo largo de las costas, y ofrecen al mundo puertos encantados que alumbran las rutas del porvenir. La tierra virgen y nueva remoja la existencia de los demás continentes fatigados, y el hombre americano explota el oro del suelo y el oro del espíritu con una predestinación obligada que le ha de convertir en el árbitro de los destinos del mundo.

Sin embargo, esta sorprendente prosperidad material de las Américas no será nunca el lazo verdadero de unión fraternal que haga marchar de común acuerdo a sus naciones.

El intercambio de productos, el desarrollo más o menos grandioso de industrias y riquezas, no hace nunca la felicidad permanente ni asegura alianzas pacíficas, sólidas y duraderas. Son las cosas del espíritu, — el corazón y el pensamiento, — las que tejen los verdaderos lazos entre los pueblos, entre las naciones, aun entre los continentes. Con este pensamiento, seguramente, el presidente del directorio de uno de los Bancos más fuertes de Nueva York, al dar la bienvenida a una conferencia panamericana financiera, dijo:

“La verdadera grandeza de una nación no depende de la extensión de su territorio, ni del monto de su población, ni de las riquezas que haya acumulado. Estriba esa grandeza, más bien, en su claridad de visión para apreciar los principios del bien y de la justicia; en la anchura de su comprensión de las grandes verdades de la humanidad; en la fuerza con que salvaguarda todo lo que se ha ganado con la civilización. Estos son principios honrosos, que no pertenecen exclusivamente a ningún período de la historia, ni a ningún pueblo; son, más bien, la mejor y la común herencia de la civilización, principios que se hallan escritos en la conciencia mundial, en un lenguaje común, y que son comprendidos por todo hombre de bien, sea la que fuese su raza, su lengua o su país.”

Encierran estas palabras una gran verdad que bien se podría tomar en cuenta en el desarrollo de la futura civilización americana y al tratar de estrechar las relaciones entre sus pueblos. Mas no deja de ser una fuerte herencia común del continente la riqueza esplendorosa de sus tierras que ven por el norte la aurora boreal, confunden en el sur los mares australes del Cabo de Hornos y se extienden desde el Atlántico hasta el anchuroso Pacífico.

VII

EL ALMA Y SUS HERENCIAS

Así, pues, complementada por las riquezas naturales, unificada por las más diversas ideas, engrandecida por sus múltiples afanes, el alma americana tiende a surgir como una sola; — como un gran eje donde convergieran todas las fuerzas unánimes, como una gran caja de resonancia donde fuera a polarizarse todas las armoniosas herencias del espíritu.

Las luchas guerreras y las luchas pacíficas nos hermanan en la historia y en la naturaleza. Dios nos da grande hombres para guiar el pensamiento americano, para que nuestra grandeza intelectual vaya en constante aumento. Y si el presente atestigua y amplía la herencia común de los pueblos, el futuro nos guarda grandiosas conquistas.





